

The book cover features a stylized illustration of a swimmer in a white tank top and dark leggings swimming in blue water. In the upper right corner, the legs and feet of another person sitting on a dark ledge are visible. The background is a textured blue with wavy lines representing water.

# LOS NADADORES NOCTURNOS

*una novela de*  
**PETER ROCK**

*traducción de* **MICAELA ORTELLI**



Peter Rock nació y se crio en Salt Lake City, Estados Unidos. Estudió en Deep Springs, la Universidad de Yale y la Universidad de Stanford. Actualmente vive en Portland, Oregon. *Mi abandono*, publicado en 2009, tuvo su adaptación al cine en 2018 con *Leave no trace*, dirigida por Debra Granik. Es el primer título de su obra que se traduce al castellano, luego Ediciones Godot publicó *Klickitat* en el 2021.









Rock, Peter / Los nadadores nocturnos / Peter Rock. - 1a ed. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina,  
2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Micaela Ortelli.

ISBN 978-987-8413-65-5

Literatura Estadounidense. 2. Narrativa Estadounidense. 3.  
Literatura Contemporánea. I. Ortelli, Micaela, trad. II.  
Título.

CDD 813

**Título original** The Night Swimmers The Night Swimmers

© 2019 by Peter Rock

**Traducción** Micaela Ortelli

**Corrección** Mariana Gaitán y Julia Taboada

**Diseño de tapa** Martín Bo

**Diseño de colección e interiores** Víctor Malumián

**Ilustración de tapa** Malte Müller

**Ilustración de Peter Rock** Max Amici

© Ediciones Godot

[www.edicionesgodot.com.ar](http://www.edicionesgodot.com.ar)

---

[info@edicionesgodot.com.ar](mailto:info@edicionesgodot.com.ar)

[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)

[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

[Instagram.com/EdicionesGodot](https://www.instagram.com/EdicionesGodot)

[YouTube.com/EdicionesGodot](https://www.youtube.com/EdicionesGodot)

Buenos Aires, Argentina, 2022



# Los nadadores nocturnos

Peter Rock

Traducción Micaela Ortelli



# Uno

1

**N**ADAR CON OTRA PERSONA —en aguas abiertas, de noche, una larga distancia sin detenerse— es como salir a caminar sin el peso, sin la presión de mantener una conversación, de tener que sacar afuera lo que está adentro. Imaginate estar con alguien en una habitación en silencio, la tensión en el aire; el agua es más densa y no podés hablar, no podés dejar de moverte. Vas acompañándote en el esfuerzo, solo ves la silueta del brazo o de la cabeza del otro un segundo, cuando girás la cabeza para respirar, lo suficiente para asegurarte de que no estás solo del todo.

Recuerdo la línea recta negra de la clavícula de la señora Abel, su sombra en el camino ese verano, superponiéndose a la mía. Sus escotes sueltos, su mano delgada sobre la tostadora al bajar la tapa, después apoyaba la palma para sentir el calor. Su tono de voz bajo, sus historias sobre naufragios en la Puerta de la

Muerte, el fondo del lago como el suelo del bosque, huesos y árboles caídos, esparcidos por la corriente.

Recuerdo los brazos gráciles de la señora Abel —primero uno, después el otro— doblarse hacia arriba sobre la superficie del agua, el destello de su cara en la luz de la luna. Cruzábamos la oscuridad nadando paralelos, nuestros cuerpos subían y bajaban atravesando las olas negras. Más adelante, la silueta lejana de la torre. La luz de los faros entrecortada con los árboles, autos pasando por el camino sobre el acantilado. Yo respiraba para la derecha, ella para la izquierda, comprobando que estábamos ahí. Debajo de nosotros, las profundidades.

## 2

La noche de la fiesta de la señora Abel, caminé por abajo de los cedros hacia las piedras blancas de la playa. Se acercaba una tormenta, hileras de espuma atravesaban el lago, el viento soplaba en ráfagas frías. Caminé paralelo a la orilla, casi tropezando con las sogas amarradas tirantes a los árboles, sosteniendo los botes y las canoas, arrastrados fuera del agua, fuera del alcance de las olas.

Era junio de 1994 y yo tenía veintiséis años. Después de varias idas y vueltas, estaba viviendo otra vez con mis padres, y mantenía el sueño difuso de convertirme en escritor, de escribir. Mis padres alternaban entre la paciencia y la impaciencia en relación con eso; me dijeron que podía quedarme ahí el verano, en la fina península de Wisconsin donde había pasado todos los veranos de mi infancia. Yo planeaba en secreto quedarme

también el otoño y todo lo que pudiera hasta que me expulsara el invierno. No tenía otro lugar adonde ir, ningún otro lugar donde tuviera que estar.

El viento hizo sonar los tornillos del mástil en el extremo del muelle de Zimdar. Mientras caminaba por la playa, bajo las luces de las casas de nuestros vecinos, sentía la tentación, en cada muelle y amarradero por el que pasaba, el deseo de quitarme la ropa, correr hasta el borde y lanzarme a las olas negras. Me encantaba nadar, y me encantaba nadar de noche.

Unas noches antes, había nadado por esa costa y había visto parpadeo de luces y movimiento de sombras en las ventanas de la vieja cabaña, cerca de donde termina nuestra calle, una casa que durante mucho tiempo había estado oscura. Todos en la costa estaban igual de sorprendidos de saber que había alguien viviendo ahí. Pocos habían conocido bien al señor Abel, y nadie lo había visto en mucho tiempo; pocos sabían que había muerto y nadie estaba enterado de que poco antes se había casado. Las invitaciones a la fiesta las había mandado su viuda.

Como a todos los demás, me daba curiosidad, me atraía el misterio. A mí no me habían invitado a la fiesta (a mis padres sí, aunque mi padre no quiso ir). Mi excusa fue ir a buscar a mi madre para que no caminara sola de noche.

Cuando llegué a la cabaña de la señora Abel, me detuve un momento abajo, en la playa. Se oían las voces de la fiesta, risas. En las ventanas se veían cabezas, cuerpos de personas a las que conocía —los Hoag, los Glenn— y de otras a las que no; una de ellas era, seguro, la señora Abel.

Fui por abajo de los árboles, fuera de la luz de la luna, pasando las puertas de madera del depósito debajo de la cabaña de la señora Abel. Subí la pendiente por el costado hasta la puerta de atrás, que estaba abierta. Unas personas se estaban yendo y, eufóricas por el vino, me gritaron cuando me vieron.

—¡Estás grande!

—¿Qué tal la escritura?

—¿Ya estás buscando un trabajo normal?

Les seguí el chiste, incómodo, mientras me abría camino a la luz tenue del interior de la cabaña. Estaba acostumbrado a esos comentarios; la forma irregular, esporádica de mis encuentros con esas personas —solo en verano, a veces después de años— era una síncope que, cuando era joven, provocaba asombro por mi crecimiento, y ahora se había degenerado en una especie de vergüenza ajena por mi estancamiento, mi progreso encallado.

La cabaña estaba iluminada por velas y había dos lámparas de kerosén sobre una mesa; las sombras se agitaban contra las paredes. Recipientes llenos de cristales marinos de distintos colores —azul, blanco y verde— atrapaban la luz de las velas desde arriba del piano. La cabaña era pequeña, en forma de L. No veía a mi madre; la mayoría de las voces parecían venir de la vuelta, de lo que debía ser la cocina.

Crucé la habitación semioscura, pasé un sillón bajo, gastado, con una mesa. Una ventana daba al lago, y al lado había una escalera de madera empinada que llevaba a un altillo con la habitación. La habían cortado a mano, unos tres metros de alto, y estaba salpicada con pintura blanca. Estiré el brazo y toqué uno de los escalones, envuelto en cinta multipropósito.

Las personas que estaban atrás hablaban del señor Abel. Cuándo y cómo había muerto, quién lo había visto por última vez. Propiedades junto al lago —de quiénes eran, quién vendería o heredaría, impuestos— era uno de los temas preferidos de la costa. Algunos en la fiesta sin duda habían hecho planes con esta cabaña, con esta porción de tierra, así que estaban muy interesados en saber de dónde había salido esa misteriosa viuda y cómo era que se había quedado con la propiedad, cuáles eran sus intenciones.

La habitación olía a kerosén y se sentía agrio, punzante en la garganta. El sonido del viento y las olas se filtraba por la ventana a mi lado, hacía sonar el vidrio. Al costado de la ventana había un pedazo de papel clavado en la pared de troncos; de un lado estaba cortado a mano, el borde era como el labio de una ola (lo habían arrancado de un libro) y la luz de la vela parpadeaba a lo largo de la imagen. Era la pintura de un incendio forestal, sobre las llamas flotaban hojas rojas o chispas, entre las ramas rotas de los árboles quemados. La luna alumbraba hacia abajo, y en el fondo, al final de una pendiente, había una pequeña cabaña rayada blanca y gris —cemento y madera—, como la cabaña donde estaba parado en ese momento. La ventana iluminada de la imagen podía ser la ventana junto a la que yo estaba parado. De repente me sentí atrapado, claustrofóbico. Cerré los ojos, seguro de que si miraba por la ventana iba a ver un bosque prendido fuego bajo la luna en lugar de la tormenta que se arrimaba sobre el lago.

—¿Vas a subir a mi habitación?

Saqué la mano de la escalera y me di vuelta para verla, esa mujer a la que no había visto nunca, que debía ser la señora Abel. Era alta y delgada, casi tan alta como yo, casi un metro ochenta.

—No —dije—. Solo...

—Podés subir si querés —dijo, señalando la habitación con un gesto—. Adelante.

—Solo vine a buscar a mi madre —dije, mirando detrás de ella, hacia la cocina—. Para acompañarla a casa.

—Ya sé quién sos. Sos el nadador.

Estábamos solos y era incómodo; sentía que era de mala educación mirarla tan directo, pero vi que llevaba mocasines azul pálido, esos con una especie de adorno encima, negro, blanco y rojo, en forma de pájaro. No tenía medias y se le veían los tobillos, el pantalón capri le llegaba hasta casi la mitad de las pantorrillas. Tenía una camisa azul inglés con las mangas arremangadas, más larga en la espalda —tal vez había sido del marido—, con el cuello gastado. Movié las manos, se ajustó la trenza y vi el destello pálido de su cuello, de su nuca, un segundo. Me miró sonriendo, los ojos a la misma altura que los míos. Ojos celeste claro, el flequillo recto justo encima, el cabello negro entremezclado con gris.

—¿Es cierto? —dijo.

—¿Qué?

—Que sos el nadador.

—Supongo. Me gusta nadar.

—¿Hasta dónde llegás?

—No sé. Hasta donde puedo. Fui hasta Horseshoe el otro día.

Era la isla más cercana, poco más de tres kilómetros desde nuestra costa.

Me di vuelta y me arrimé más a la ventana para mirar, más allá de mi reflejo, las olas negras del lago. No se veía la silueta de la isla.

—Me encantan las tormentas —dijo la señora Abel—. ¿A vos no?

En ese momento, se acercó más. Sentí que iba a levantar la mano y me iba a tocar, pero no.

—Tu madre se fue hace media hora —dijo, la voz casi un murmullo—. Antes de que vinieras. No debía saber que venías.

—Vine por la playa. Ella se debe haber ido por el bosque o por el camino.

Las personas salían de la cocina, saludaban, decían buenas noches, decían gracias, paradas junto a la puerta. La fiesta estaba terminando.

—Encantada de conocerte, nadador —dijo la señora Abel, y se fue a dar las buenas noches a los invitados. Me escabullí entre un grupo y salí de la cabaña. Me apuré a bajar la pendiente, salir de abajo de los árboles, hacia la playa, de vuelta por donde había llegado.

La tormenta todavía se estaba armando, las olas cada vez más altas chocaban y tapaban el sonido de mi respiración, de mis pies sobre las piedras, brillando blancas con la luz de la luna. Cuando llegué a nuestra cabaña, vi que las olas habían volteado la canoa y el bote de las rampas; estaban de costado. Los arrastré —el bote más pesado, el interior lleno de agua— más arriba, abajo de los árboles, fuera del alcance del agua.



Trepé a uno de los cedros, diez o doce metros hasta casi la punta, y mi peso hizo más violento el balanceo por las ráfagas de viento. Las ramas se batían con las de los árboles cercanos. Me aferré, miré volcarse nuestra balsa y quedar boca abajo a veinte metros de la orilla, cómo las olas la levantaban. Largas hileras de espuma atravesaban el lago, iluminaban el horizonte; todo eso me hacía sentir que algo estaba cambiando, que algo finalmente iba a empezar. Me sostuve arriba del cedro hasta que terminó de levantarse la tormenta, hasta que llegó. A dos kilómetros y medio, entre las olas, la luna iluminaba la cara blanca del Eagle Bluff. Más cerca, las olas rompían contra el delgado muelle de madera que sobresalía como la falange de un dedo desde nuestra orilla. Y después, una ráfaga de viento levantó las sillas de la playa y las hizo girar por las rocas.

Una vez la señora Abel me dijo que la fiesta fue un modo de presentarse con todos al mismo tiempo, de apaciguar el interés y la curiosidad de todos por ella. En ese último objetivo, falló. La península en verano era un lugar de esparcimiento, de conversación, y de lo que más se hablaba era de lo que no se sabía, de lo que se podía especular; nos unía esa atracción por lo desconocido. La gente describía a la señora Abel como “imponente”, “una mujer imponente”, palabra que siempre me pareció un poco agresiva. Escuché describir sus ojos celestes como “punzantes”, como si fueran cuchillos.

*Sabe muchos idiomas y no habla inglés de nacimiento.*

*No tiene auto y no es muy conversadora.*

*Lava la ropa en el lago.*

*Es vegetariana estricta.*

*Estuvieron casados menos de un mes hasta que él se murió.*

*Desactivó el sistema eléctrico de la cabaña, sacó todos los cables.*

Alguien decía haberla visto correr por la ruta de noche, con las zapatillas en las manos y el pelo suelto en la cara. Otros decían que el señor Abel no había sido su primer marido, y probablemente tampoco el segundo. Algunas mujeres sentían que la señora Abel era demasiado amistosa con sus esposos; otras decían que era igual de antipática con todos; y a otros les parecía que era tímida, tranquila. Y que estaba de duelo, después de todo.

Estaba lo que se decía y lo que se comentaba por lo bajo, y era de lo que hablaban todos al principio de ese verano. Una corriente de retorno. Desde niños nos trauman con relatos del tipo: te agarra de los pies y no te suelta hasta que te ahogás. No es algo que se pueda prever, mucho menos resistir (pienso en “Un descenso al Maelström” de Poe: “Cierta vez, un oso que trataba de nadar desde Lofoden a Moskoe fue atrapado por la corriente y arrastrado a la profundidad, mientras rugía tan terriblemente que se lo escuchaba desde la costa. Grandes cantidades de troncos de abetos y pinos, absorbidos por la corriente, vuelven a la superficie rotos y retorcidos a un punto tal que no pasan de ser un montón de astillas”<sup>1</sup>).

Los libros y los expertos aseguran que esos vórtices y esas corrientes no existen de verdad, que son exageraciones para evitar que la gente nade contracorriente; aun así, cuando nado sobre la superficie, siento fenómenos climáticos nunca vistos, vientos debajo del agua.

La otra mañana, acá en Oregón, veinte años después, llevaba a mi hija al jardín. Íbamos de la mano, hablando de *El largo invierno*, que les había leído la noche anterior a ella y la hermana.

—¿Creés que Laura se tendría que haber casado con Cap Garland en lugar de con Almanzo? —dijo.

—Definitivamente.

—¿Te casarías con Cap Garland?

—Por supuesto. Si me lo pidiera.

—¿Por qué?

—Tiene mejor nombre. Eso, por un lado. Y porque Almanzo parecía un poco viejo.

Me soltó la mano, levantó la cabeza, miró el cielo y dijo:

—Esos pájaros están volando en forma de signo de pregunta.

Yo los veía como una espiral que se deshacía, que iba a desaparecer por encima de la escuela primaria, de las copas de los árboles.

—¿Por qué te parece que vuelan de esa forma? —dije.

—Tienen preguntas allá arriba.

Seguimos caminando, pasamos el subibaja, el tobogán y la zona de juegos, y a los chicos más grandes jugando al básquet.

—Te podés ir, pa —dijo, soltándome la mano.

—Te acompaño. Todavía no sonó el timbre.

—No necesito que te quedes.

—Ya sé, pero igual.

—No quiero —dijo, y se fue rápido, pasó el ciclero, miró el cielo una vez más y desapareció a la vuelta del edificio de ladrillos rojos.

La seguí sin que me viera. Espié por el costado del edificio y la vi caminando entre los grupos de chicos y padres, sin frenar ni mirar a nadie. Iba tan seria, tan autosuficiente y misteriosa para mí. Se preparaba para los asuntos del día.



Dos noches después de la fiesta, la lluvia, los truenos y los relámpagos habían pasado. Quedaban las olas negras espesas; solo tenía que esforzarme los primeros veinte metros —donde rompen las olas antes de hacerse profundo— y después nadar en paralelo a la orilla, en el sentido de las olas y no al revés. Subía con ellas en las crestas y me hundía en los valles, respiraba para el lado de la costa con los ojos cerrados y, en consecuencia, sin ver si detrás de mí se elevaba alguna ola solitaria.

Cuando pasé las olas, me di vuelta para mirar a la costa. Llegaba a ver las ventanas iluminadas de nuestra pequeña cabaña, las siluetas de mis padres, sentados en sus sillas, leyendo, y las ventanas de las casas de los vecinos. Y, al alejarme un poco más, veía las luces de las casas sobre el acantilado, arriba del camino, arriba de nuestros árboles.

Empecé a nadar hacia el pueblo de Ephraim, un kilómetro al sur, donde pasaba por entre medio de los botes anclados — todos mirando para el mismo lado, las cañas en ángulo hacia abajo, los mástiles negros contra el cielo nocturno— y veía las luces del campanario de la iglesia Morava, arriba de la colina. Las luces de nuestra costa, las casas, brillaban cuando sacaba la cabeza para respirar. Los muelles abandonados de los Reeve, los Hobler, los Shattuck, y después la casa de mis abuelos y su vieja lancha blanca y roja amarrada en la playa.

La otra noche soñé que tenía que hundir ese bote; llenarlo de piedras y llevarlo a lo profundo, agujerear el fondo y dejar que se hundiera y volver nadando. Yo tenía miedo de que me arrastrara con él, de quedarme atrapado en la succión. Pero

cuando llegué a lo de mis abuelos, cuando empecé a prepararme para la misión, me dijeron que habían encontrado el cadáver de un niño en la playa, cerca del bote. Me dijeron que nadie debía verlo, que nadie querría ver algo así, tener ese recuerdo en la memoria. De hecho, nadie podía bajar a la playa. No se podía alterar nada porque estaba llegando la policía a juntar evidencia, lo que significaba que eventualmente se llevarían el cuerpo. Recién ahí iba a poder hundir el bote, una responsabilidad que al final no cumplí, porque el sueño terminó y me desperté cuando todavía estaba esperando que llegara la policía.

Nadar de noche: comparar ese deslizamiento con el de un sueño sería ignorar el trabajo que implica mantenerse a flote, el estado de hipnosis que produce el ritmo, la repetición de brazadas. Esa noche pasé por Peterson's Point, toqué con las yemas de los dedos el fondo rocoso, después volví a la profundidad negra.

En ese momento, sentí que podía estar viendo todo desde arriba, que el aire se podía haber vuelto denso, el agua fina, y que de algún modo yo podía estar suspendido en el negro del cielo.

Es cierto, conocía el fondo del lago por el que nadaba, sus características y secretos, aunque no sabía lo que podía haber en el agua negra entre ese fondo y la superficie por la que yo nadaba. Las corrientes de superficie me empujaban y arrastraban, no me dejaban nadar en línea recta; las corrientes de los Grandes Lagos, calmas y sutilmente más siniestras que las del océano, parecían susurrar en su intento de hacerme desviar. Pero no podían hacerme perder, no había definido un destino. Solo quería estar ahí afuera en ese clima, jugando solo, sabiendo que las corrientes